

Esta actitud erótica, que al margen del poema puede no ser compartida por el lector, se convierte en poesía gracias a la diversidad de enfoques con que se representa líricamente (el desdoblamiento del yo, la mitificación de la despedida amorosa, la sugerencia y el ingenio a la hora de ocultar ciertos datos de una historia...); enfoques que otorgan a tales experiencias la autenticidad y la capacidad de ser revividas por el lector, exigencias esenciales de toda poesía verdadera. Sólo en algunos poemas de *Principios y finales* y de su última entrega inédita, ese tedio vital, tópico omnipresente en la segunda etapa que he señalado, se expresa con la abstracción y generalidad de una convicción intelectual que no alcanza el sentimiento del lector y el efecto poético deseado. El estoicismo moral que se apodera de esta segunda etapa (a partir de *Treinta monedas*, de 1989) proviene, asimismo, de una religiosidad negativa pero no por ello menos intensa. El poeta se enfrenta de continuo a un Dios que es omnipotente pero absurdo en toda su actuación, lo cual relega al ser humano a una postración miserable ante tal poderosa arbitrariedad. Su aversión a Dios (como se manifiesta en varios poemas de *Treinta monedas* que revelan a Cristo como el máximo antihéroe) no llega al grito blasfemo de un Rimbaud o de un poeta real-

mente maldito; en éstos Dios es rechazado en favor del genio heroico del bardo; en García Martín, poeta genuinamente postmoderno, se descarta la existencia de cualquier heroísmo, el de Dios y el suyo propio.

Ambas etapas, que muestran una evidente evolución cosmovisionaria, también se encarnan en una forma poética de naturaleza distinta: del simbolismo ceñido y máximamente sugerente de sus primeros libros pasados, desde *Treinta monedas*, a una concepción eminentemente narrativa del poema y a una ambientación cotidiana que requiere el sabio empleo del lenguaje conversacional y de la sugerencia lógica, para que tal llaneza no degenera en prosaísmo, fenómeno que sólo se produce en muy contadas ocasiones. Nos encontramos, pues, ante un mundo poético sólido y coherente, que utiliza en cada momento los mecanismos más idóneos. En suma, un rescate imprescindible en la poesía española actual.

Carlos Javier Morales

Cuaderno de Babel

No hay manera de comprender los episodios controvertidos de la Historia sin ponerse por un momento en la piel del otro, ese ejercicio de la imaginación que no sólo consiste en desprendernos de nuestras ideas y prejuicios más fijos sino también en concebir nuestra propia identidad como plural, como constituida por una alteridad que forzosamente ha de ser contradictoria. Nuestra literatura sobre la segunda República, la Guerra Civil y la posguerra es ya abundante, aunque no todavía suficiente. El libro de Gregorio Morán, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo* (Ed. Tusquets), es buena muestra de lo uno y de lo otro: de la aportación pero también de ser testimonio de lo que todavía falta. El libro ha sido recibido, generalmente, con elogio hacia su copiosa investigación y conocimiento de la época, y criticado por varias razones: no considerar la literatura de los especialistas en Ortega, ver con un rasero a los franquistas de la época y con otro a los izquierdistas; finalmente, no valorar debidamente la importancia de

Ortega. Creo que esta última reticencia no es justa: Morán admira al filósofo madrileño y da muestras de ello en muchas páginas de este grueso libro. Sólo que no lo admira por todo ni ante todo. Ortega no tuvo un solo perfil ni es sencillo entender sus posturas, filosóficas y vitales, sus actitudes ante los desafíos de la historia. Ese es el análisis, precisamente, que Morán hace: el de las actitudes que Ortega tuvo desde el final de la guerra civil española hasta el año de su muerte, 1955. Ortega vio con buenos ojos el triunfo de la guerra por las tropas de Franco, y los franquistas, especialmente los intelectuales aliados a la Falange, trataron de acercarlo al régimen, sólo que eso no era fácil porque Ortega no era «esto» ni «aquello». No fue un demócrata y Morán venta declaraciones incontestables; profesó siempre un decidido anticomunismo y un no menor laicismo que fue el hueso duro de roer del franquismo y de los intelectuales nacionalcatólicos del momento (Laín, Aranguren, Marías). Fue un liberal aristocratizante (en el sentido intelectual), antimonárquico, pero en contra de la actividad parlamentaria, a la que atacó duramente en 1925 en sus artículos de *El Sol*. Vio con buenos ojos la dictadura de Primo de Rivera (para escarnio de Unamuno), y alentó en ocasiones soluciones autoritarias. ¿Qué fue Ortega? Dijo que la demo-

cracia sin poderes ajenos a ella conduce «al absolutismo mayoritario». Se intuye que uno de esos poderes debía ser el poder intelectual... Creyó que los políticos eran unos «párvulos del pensamiento», observación que manifiesta claramente la soberbia intelectual que proyectaba sobre la política. ¿Cómo iba a valer lo mismo su voto que el de una mujer o un bracero? Un hombre que pensaba que lo esencial en la mujer es la confusión no podía ser muy demócrata porque sin ir más lejos ya consideraba como no igual a la mitad de la humanidad. El libro de Morán no resuelve del todo el enigma Ortega, la paradoja Ortega, porque esto sólo sería posible en cierta medida en un ensayo que lo viera como un conjunto (además de llevado a cabo por alguien de genio) y lo que este valioso estudio nos da es, sobre todo, una investigación histórica, un recorrido cercano a los documentos y con observaciones sin duda valiosas, no sólo sobre Ortega sino sobre el «erial» de sus circunstancias. No es poco.

La vuelta a España de Ortega supuso el intento por parte del régimen de utilizarlo propagandísticamente para sus fines. Se trataba de nuestro gran filósofo, valorado en Alemania y en América latina, y un gesto claro por su parte hubiera sido un gran revés contra la izquierda extranjera y contra los exiliados españoles. Pero ese gesto no fue

nunca claro. Además, le faltaba la preocupación metafísica, no cualquier metafísica sino la escolástica defendida con brillo por Zubiri, el pensador opuesto a Ortega, que sólo escribió un artículo en la prensa, en 1955, exaltando la memoria de Ortega y Gasset. Ortega no sólo fue siendo relegado por la figura de Zubiri, del que tomaban sustento metafísico los intelectuales falangistas, sino por alguien mediocre como José Antonio Primo de Rivera, figura tenida por verdadero pensador y citado con generosidad durante los primeros veinte años de la dictadura. La alianza entre catolicismo y nacionalismo, con una fuerte apoyatura josenatoniana, sin duda de corte fascista, es denominada por Gregorio Morán de totalitarismo, término que sin explicarlo lo aplica al período estudiado. Creo que no es correcto. Sin duda los intelectuales falangistas quisieron dotar al régimen de una dimensión ideológica, pero no es menos cierto que Franco toleró lo primero durante un tiempo y fue haciendo su propio camino (de muy pocas ideas) hasta neutralizar y banalizar dicho bagaje intelectual. El franquismo no fue fascismo porque Franco no tuvo ideas, ni siquiera se consideró político, sino militar. El término totalitarismo encuentra su verdadero marco social en los regímenes comunistas. Para ser totalitario el franquismo hubiera necesitado de

una ideología (totalitaria), pero sólo fue, y ya fue bastante, un autoritarismo militar que tuvo a la Iglesia como aliada. Si la vertiente falangista hubiera llegado a ser determinante, es decir, si el dictador hubiera sido falangista, sin duda se podría haber hablado de ideología y, tal vez, de sociedad totalitaria. Fue, por otro lado, una sociedad porosa que afortunadamente no pudo impedir las transformaciones de la universidad; que desembocaron en las manifestaciones y sucesos de 1956, y, a partir de los años sesenta, en las oposiciones de distinto cariz, intelectual y político, al régimen dictatorial.

Hay otro asunto: Morán habla de los intelectuales nacionalcatólicos y de las publicaciones de la época como si siempre hubieran sido lo mismo. Califica siempre a *Cuadernos Hispanoamericanos* de falangista, como Homero a Aquiles como el de los pies ligeros. Hombre, no. El que ni una sola vez diga que sólo lo fue en sus comienzos denota, en este aspecto, una actitud poco matizadora. Lo mismo respecto a algunos intelectuales. En *Cuadernos* ha publicado mucho «rojo», y, además de ser dirigida por Laín Entralgo ha sido dirigida, antes de la democracia, por José Antonio Maravall, que aunque tuvo otros comienzos, no puede ser calificado de historiador nacionalcatólico sin cometerse una grave injusticia.

Debería hacerse, para una mayor comprensión del mundo político intelectual de la posguerra, un análisis de los izquierdistas que tampoco eran demócratas y que, por distintas razones, se cruzaban con Ortega, aunque en direcciones opuestas. Lo difícil en esa época era ser laico y demócrata o más sencillamente: tener una conciencia laica y democrática de la política. Termina este controvertido y valioso libro con una frase que sobra: «A muchos de quienes compartieron el nacionalcatolicismo hasta 1956 les debemos desde entonces, ya que no un magisterio ejemplar, sí al menos una ejemplar voluntad de cambiar». Sobra, entre otras razones, porque en este país, entre 1939 y 1956, había muy pocas cabezas que concibieran el estado como democrático y aconfesional. Porque no bastaba con oponerse, con ser bastante, sino qué se proponía.

Sorprende en esta recopilación de *Entrevistas y conversaciones* de Primo Levi (Ed. Península) que conforme se va acercando al fin de su vida, Levi sea cada vez más optimista porque, como todo el mundo sabe, se suicidó. Sin duda su experiencia en el campo de concentración de Auschwitz fue, a pesar de que trató de conjurar la herida hablando y escribiendo sobre ella, el detonante relentizado del disparo final. No le gustaba especialmente